

UN VIAJE INCREIBLE

Guillermo F. Gallego U / Universidad de Guanajuato

El comandantísimo Carlos Sánchez se apresta a revisar su plan de vuelo sentado frente a su escritorio cuando la intermitencia de los foquillos rojos colocados encima de la puerta de su oficina llamó su atención. Algo marchaba mal en la nave, y él, investido por el más alto grado militar, debía afrontar esa nueva responsabilidad representada por el instantáneo enciende-apaga, de los pequeños filamentos.

Nos hallábamos en una etapa más del esfuerzo efectuado por ETUPCEE (Estados Terrícolas Unidos para Conquistar el Espacio Exterior).

Apresuradamente el comandantísimo Sánchez caminaba hacia la sala de controles, cuando al voltear por uno de los pasillos de la enorme nave, fue atropellado por el sargento de Comunicaciones Kenji Yamashita, experto en electrónica de computación, quien corría a avisarle que la nave, por primera vez en catorce largos años, sufría un percance de orden superior.

Por medio de la transmisión del pensamiento (único medio que fue capaz de eliminar los problemas causados alguna vez, hacía muchos cientos de años, por algo que "captaron" llamarse Torre de Babel), el sargento Yamashita comunicó al comandantísimo Sánchez el hecho que sembró gran desconcierto entre las personas presentes en la sala de control: parecía no haber la más mínima comunicación con la Tierra.

¿Significaba esto el principio del fin del proyecto espacial, y de la vida de ciento nueve militares, representantes de cada uno de los estados miembros de ETUPCEE? A ojos vistos, así era, ya que el hecho de no haber intercomunicación con la Tierra representaba ir a lugar alguno cuya posición en el Universo fuera conocida, pues la GGT (Gran Guía de la Tierra, enorme máquina computadora, cuyo tamaño obligó a sus creadores a ubicarla en el Desierto del Sahara, donde pudiera además aprovecharse la gran cantidad de energía orgánico-solar, de orígenes biológico y cósmico, que ahí incidían, para su funcionamiento), regía el destino de este viaje, y de casi cualquier suceso efectuado en la Tierra.

En poquísimos minutos y debido a la velocidad de la nave, cercana a los doscientos SSPA (Sistemas Solares por Año), la nave había perdido seguramente toda posibilidad de establecer

su posición espacial por sí misma, lo que era completamente desalentador para la tripulación, pues significaba que habían trabajado inútilmente durante catorce años, que vividos en ese monstruo, y pensados por cada viajero de la nave en esos poquísimos minutos, parecieron una eternidad.

A pesar de que los militares tienen un gran control sobre sí mismos, algunos de ellos descubrían en esos instantes que, aun al final de un camino, era necesario ver el principio; como sucedía con la teniente Jackie O'Halloran, quien trataba de recordar la oración a San Patricio, que su bisabuela alguna vez le enseñó, cuando vivía con ella en aquellos verdes paisajes y bajo un cielo azulísimo; o como con el cabo Li Wong, que en medio de su centro de operaciones, y colocado en posición de flor de loto, trataba de persuadir a su compañero, el también cabo Pierre Gaudet, para que olvidara lo que hacía y se dedicara a las oraciones, y al arrepentimiento. Pero Gaudet, impávido, continuaba preparando el postre que comerían los que gustaran de comer aún bajo altas presiones emocionales. Indudablemente que John Smith no lo haría, pues él elevaba cánticos (¿o acaso los descendía?), aprendidos en la pequeña iglesia de Utah, la que había sido construida por orden de un ascendiente directo suyo; al mismo tiempo recordaba a su madre, en compañía de sus ocho esposos (permitidos por su religión todos ellos), quien alguna vez le había dicho que siempre orara al anochecer; Smith pensaba que desde el despegue de la nave, jamás supo nuevamente lo que era el día, . . . para él, aquel viaje era una noche eterna. No, definitivamente, el sargento Smith no probaría el delicioso postre del cabo Gaudet.

Cuando el comandantísimo Sánchez, acompañado de la generala Paola Passolini y del gran coronel Valey Ivanov casi daban por terminada su deliberación sobre el destino de la nave, y habiendo llegado a la conclusión de que en realidad no tenía ninguno, una explosión fortísima les interrumpió, y casi inmediatamente, un suceso llamó poderosamente la atención de casi todos los ciento nueve tripulantes (O'Halloran, Wong y Smith, aún estaban abstraídos espiritualmente): una refulgentísima luz apareció por los ventanales de la nave, ventanales enormes, que era posible tener, pues la tecnología de ETUPCEE había avanzado lo suficiente para descubrir un material tan resistente como el tiempo.

Así pues, la nave era casi totalmente transparente en su exterior. Su nombre le sentaba bien: VENTANA I.

Al disimular la intensidad de la luz, se pudo notar que se acercaba una navecilla, cuyo tamaño era infinitamente pequeño comparado con el monstruo cristalino; sin embargo, era notorio que poseía una velocidad mayor que VENTANA I, pues en pocos instantes, se hallaba posada en uno de los estabilizadores de ésta, a pesar de que cuando su silueta fue notada por el potentísimo radar de VENTANA I, la distancia entre ambas naves era de varias Unidades Astronómicas (una Unidad Astronómica es igual a la distancia de la Tierra al Sol).

Había cierto temor en la tripulación, pero la navecilla era el primer contacto con otra cultura cualquiera después de catorce años, un periodo muy largo de tiempo para este hallazgo, si se considera que ya en el siglo veinte, más de quinientos años atrás, se pensaba en la existencia de otras culturas extraterrestres.

Solamente la GGT podría haber recopilado los múltiples pensamientos que en esos momentos cruzaban por las mentes de la tripulación, pero cuando el ocupante de la navecilla, por medio de alto parlantes pidió permiso para entrar en VENTANA I, los temores

se disiparon, ya que todos los tripulantes aseguraban que había hablado en su idioma autóctono, y se sintieron seguros por ello, y por la seguridad que daba al sentirse superior, pues pensaban que el no haber descubierto el magnífico método de comunicación que era la transmisión del pensamiento, era una señal de atraso, y de debilidad del misterioso visitante, respecto a los conocimientos actuales de ETUPCEE.

La tripulación aguardaba con expectación a que el tripulante de aquella navecilla desconocida, apareciera traspasando la hermética puerta que se abriría (cuando parecía que nunca sucedería esto).

La primera aparición de OTSIRC, estuvo rodeada de luz, la luz que hacía ver la tranquilidad. Su figura era la de un humano común y corriente, aproximadamente un metro y ochenta centímetros de estatura, su pelo le caía hasta los hombros, era del color de su barba y bigote, castaño claro, sus ojos claros y sus facciones muy finas. Se podría decir que era de piel blanca, excepto por una de sus extremidades inferiores, que era mucho más oscura, o mejor, negra. Tenía un casco transparente que más bien lucía como una aureola, y el resto de su vestimenta era de una especie de túnica espacial de color blanco, con una banda púrpura que atravesaba su pecho diagonalmente, desde el hombro izquierdo hasta el cinturón dorado que le fajaba los pantaloncillos que dejaban ver sus fornidos muslos. Era un hombre que representaba fácilmente el mucho camino que había recorrido, no solamente sobre su nave, sino también sobre las sencillas sandalias, que le daban un toque de humildad.

Cuando habló, no hubo dudas, sus palabras eran amor, y toda diferencia establecida antes del encuentro y a partir del hallazgo de la navecilla, fue completamente borrada de la mente de los tripulantes. de los tripulantes.

Fueron treinta maravillosos días, en los que OTSIRC explicó su procedencia. Su planeta de origen, Atenon Uneri Evimus (AUE) había explotado, siendo comprendida así la refulgencia observada antes de la aparición de su nave. Dijo también que en AUE hablábase el OEMARA, antiquísimo idioma, y que nunca se había hablado otro ninguno, pero añadió que era posible que todos ahí le entendiesen debido a que su cinturón dorado era un transmisor-receptor-traductor, lo que permitía que cualquier voz fuera transmitida en cualquier idioma, independientemente de su origen; así, eso equivalía a la transmisión del pensamiento, pero las longitudes de onda eran diferentes, teniendo unas mayor frecuencia de vibración que las otras.

El podría comunicarse en sueco con el teniente coronel Johann Larsem o en árabe con el capitán Abdul Jafet y al mismo tiempo hacer que le entendiese el resto de la tripulación de VENTANA I. Para él no existía imposible.

Toda la tripulación pudo de nueva cuenta sentir el gozo (ya olvidado por ellos), de volver a hablar y algunos no podían siquiera articular palabra, tal vez por la emoción. . . o tal vez porque no recordaban cómo hacerlo.

OTSIRC pudo fácilmente encontrar el desperfecto de VENTANA I, y restablecer así contacto con la GGT.

La Tierra parecía entonces, ser sólo un ciudadano que por su ventana se asoma al otro lado de la calle para platicar con su vecino.

El regocijo de todos los terrícolas fue indescriptible; en la Tierra, después de angustiosas horas, todo mundo recuperaba sus esperanzas, quizá ya perdidas; y en la nave, aquello era una fiesta: Sánchez bebió tequila, Ivanov, vodka, McCluskey, whisky, en fin, la felicidad reinaba ahí.

El día treinta, después de la llegada de OTSIRC, apareció otra navecilla idéntica a la suya, pero la felicidad en la nave no paró, indudablemente debía tratarse de otro sobreviviente de AUE.

Y cuando se abrió la puerta hermética, la tripulación vio de nuevo a OTSIRC, pero él estaba sentado todavía a la derecha del comandantísimo Sánchez, y éste pensó que debía ser su hermano gemelo; todo mundo se enteró de su pensamiento, y lo reafirmó.

OTSIRC, aunque sorprendido, se levantó a abrazar al nuevo visitante, a pesar de no conocerlo. Cuando caminaba hacia él, éste sacó una arma, y lo mató.

El comandantísimo Sánchez, perplejo, se abalanzó sobre el asesino de su preciado amigo, pero un campo de fuerza le impidió acercarse.

Impotente, le preguntó el porqué de esa actitud hacia OTSIRC, siendo éste un ser bueno, y casi podría jurarse que ambos eran hermanos.

La respuesta del asesino fue hecha calmadamente: OTSIRC tenía la extremidad inferior izquierda negra, mientras que él la tenía blanca, sucediendo lo contrario con las extremidades inferiores derechas.

El comandantísimo Sánchez quiso gritar que el mundo había ido demasiado lejos, pero sólo lo pudo pensar.

Entretanto, ERBMOH se había marchado.

